

Hacia el centenario de Juan Carlos Onetti

Mauricio Molina

Este año se cumple el centenario del escritor uruguayo Juan Carlos Onetti. Junto a Juan Rulfo, García Márquez, Julio Cortázar, Alejo Carpentier y Jorge Luis Borges, Onetti es un artífice de nuestra lengua. A diferencia de los autores mencionados, sus temas no fueron ni los laberintos, ni los pormenores de lo fantástico, ni el realismo mágico, ni lo real maravilloso: lo suyo fue la minuciosa exploración del paso del ser humano entre los dientes de la realidad y el tiempo.

A lo largo de su obra, que comprende novelas fundamentales como *El pozo*, *La vida breve*, *Para una tumba sin nombre*, *Juntacadáveres* o *El astillero*, Onetti nos transmite, a través de diversas anécdotas, el desencuentro del ser con su destino y el de los seres humanos entre sí. La angustia frente al paso del tiempo, la pérdida de la inocencia, la rutina, el tedio, son algunos de sus temas. Dotado de un estilo denso, opaco, sutil, a ratos indirecto, a veces elíptico, Onetti supo captar la esencia fugaz de todo lo que perece y la naturaleza siempre transitoria de nuestras emociones, aspiraciones y deseos. En algunos momentos recuerda al existencialismo, con una salvedad: en Onetti no hay filosofía, sino gran literatura. Si no hay salvación, hay al menos el arte de narrar lo inevitable.

En la vasta cartografía de la literatura latinoamericana, la ciudad de Santa María, inventada por Onetti —el equivalente de Macondo en García Márquez o Comala de Juan Rulfo—, adquiere la opacidad de

un espejo quebrado que muestra el paisaje de nuestras ciudades reales, preservadas en el formol de la obsolescencia, siempre provincianas, anacrónicas, despojadas de futuro, atrapadas en la inercia de una existencia para siempre postergada. “La novia robada”, un pequeño relato sobre el amor irremediabilmente perdido, nos muestra en unas cuantas páginas una concepción de lo social como una forma de locura colectiva.

El díptico de novelas formado por *El astillero* y *Juntacadáveres* incluyen a Larsen, uno de nuestros grandes y al mismo tiempo odiosos y entrañables antihéroes. En esas novelas accedemos a un personaje de altura hamletiana que busca ante todo la revancha y la destrucción de Santa María mostrándole su verdadero rostro, donde se reflejan la doble moral, la indiferencia, la naturaleza prostibularia de nuestro entorno social. Como Comala de Rulfo, la Santa María de Onetti revela una suerte de metáfora moral.

La impronta de Raymond Chandler es evidente en la obra de Onetti, mucho más que la de Faulkner, y esto se capta de una manera inmejorable en el modo de dibujar a sus personajes, donde un sombrero, un cigarrillo, un vaso de whisky o un piano lejano, bastan para ofrecernos una atmósfera. Onetti no busca elaborar un planeta, sino demostrar que basta con fijar el microscopio en una minúscula ciudad perdida en nuestro continente, para ofrecernos una radiografía de lo que realmente somos y de lo que jamás llegaremos a ser. Pero el fracaso



Juan Carlos Onetti

no es su tema central, sino la forma artística que encuentra el escritor para enfrentar sus temas centrales.

En uno de sus cuentos más citados, “Bienvenido Bob”, leemos una frase que nos dice mucho de la obra del gran escritor uruguayo: “usted es un hombre hecho, es decir deshecho, como todos los hombres a su edad cuando no son extraordinarios...”.

En cada novela aparecen y desaparecen personajes y situaciones de otras novelas, mostrando siempre una soberbia coherencia de conjunto. En su novela final, *Cuando ya no importe*, Onetti se despide de Santa María, del amor, de las ilusiones perdidas, del inevitable fracaso de las aspiraciones humanas frente al paso del tiempo.

Y, sin embargo, el milagro artístico de esta obra oscura y desesperanzada ocurre al momento de su lectura. Junto a Comala y Macondo, Santa María de Juan Carlos Onetti es ya uno de los destinos inevitables de la literatura en nuestra lengua —y más allá. **U**

Si no hay salvación, al menos queda el arte de narrar lo inevitable.